

Secularismo o eternidad

Realidad seglar o escatológica

Arzobispo Pablo Yazigý

«Conságrame todo primogénito.»¹

¿Acaso hay relación entre estas dos realidades o están en plena separación? ¿Es posible la absorción de una por otra? Y, ¿cuál de ambas será la contenida?

Ésta es la verdadera competencia, la esencia de toda contienda, sea a nivel del corazón humano –el corazón de cada uno de nosotros–, sea a nivel sociológico, étnico o internacional. Es una lucha eterna entre lo material y lo espiritual, entre Dios y el diablo, en la cual Dios pagó un precio alto, no para defenderse –que está infinitamente por encima de esta lucha–, sino defendiendo a su amado: el hombre, víctima del engaño material.

Dios creó al hombre para que éste existiera, para que permaneciera y superara lo seglar del tiempo de esta vida mirando con el ojo de la fe hacia la eternidad de la vida. Por ello, es muy doloroso, primero para Dios y luego para la experiencia humana, ver al hombre que considere lo seglar sin que tenga una intuición para que contemple lo «eterno»; verlo tratar las cosas materialmente sin

ningún fin espiritual. En esta lucha, el hombre tiene la posibilidad para encontrar la meta de su existencia, pero también la amenaza de perderla; y los resultados de esta lucha y del dominio de un sector sobre el otro no son pocos, sino que se reflejan en todos los aspectos de la vida.

Quizás este cuestionamiento no le sea planteado a un hombre no creyente, quien posiblemente ni siente la existencia de tal contienda. Esto es una realidad, pero no permanente. Aun el ateo, por más que lo eluda, con su experiencia humana se percata, en ciertos momentos, de que la vida no toma su sentido pleno en las meras definiciones que él propone. A menudo, experiencias como ésta han inducido a muchos pensadores, artistas y virtuosos, sin un conocimiento claro de las religiones, a rechazar el color seglar de la vida y a buscar el verdadero matiz, donde la vida no acepta ser concluida con lo que le es contrario: la muerte.

El extremo de ambas realidades es erróneo. La exageración seglar forma materialismo y ateísmo, y la exageración escatológica es fundamentalismo. El ateísmo no se refiere nada más a negar la existencia de Dios, sino también a vivir sin tomarlo en cuenta, esto es, una vida cuyo método y objetivos no necesitan de Dios y donde Él tampoco los afecta.

Es obvio que nuestra «cultura» o la «civilización» de hoy no cede el derecho a Dios en absoluto a que se presente en la vida del hombre más allá de unos

hábitos religiosos, cuyo espacio no debe rebasar el límite del tiempo libre –esto es, el vacío del tiempo–, cuando se tenga aún tiempo libre en una civilización abrumada progresivamente por el agotamiento del trabajo. Es un ateísmo que predica no el lema de Nietzsche «¡Alégrense, que Dios ha muerto!», sino un lema más suave pero no menos peligroso, «¡Alégrense, que Dios ha salido de nuestra vida!»: Dios ya no tiene lugar más que en su cielo. Dios, la Iglesia, la fe, la adoración y todo lo referente al cristianismo, para muchos de nosotros, son temas sagrados importantes y también queridos, pero nuestro *pecado* al respecto se encuentra en que les robamos su primacía, y los calificamos entre las cosas secundarias de la vida. Nuestra educación, incluso religiosa, arregla al hombre sus prioridades conforme a lo siguiente: horas de trabajo para garantizar la vida, horas de entretenimiento y diversión para disfrutar la vida, luego horas a tu «Dios» para cumplir con los necesarios deberes religiosos. Y el futuro destino de esta *resolución* es un crecimiento de la primera y segunda porción y reducción de la tercera. Un pequeño censo verificará la llegada del tiempo de su eliminación, o de su restricción a meras celebraciones y rutinas inevitables.

Pero en realidad, si las exigencias de la vida se incrementan día con día, debe ser mayor la importancia de la guardia de las horas correspondientes al desarrollo de la vida espiritual. Ojalá tuviéramos la fe y la disposición para poner la oración y la labor espiritual en la primera jerarquía,

donde ofreciéramos al Señor «nuestro primogénito», es decir, el hijo mayor y las horas óptimas y más puras; en una palabra, «lo primogénito de nuestra preocupación», conforme al mandamiento del Antiguo Testamento. Y si no tenemos una fe como ésta, vigilemos, por lo menos, y guardemos a la última porción –la de la vida espiritual– su derecho restante del tiempo.

La relación con Dios no es emociones ni correspondencias: es convivencia, por lo que, su *termómetro* es el tiempo que pasamos con Él y por Él. La vigilancia y alerta por guardar los rituales y la esencia de nuestra relación con el Señor son sumamente necesarios en la era de la «revoltura» entre los *amos*, en el siglo del culto, a la par, a Dios y al dinero.

Hemos de confesar que la lucha sigue. Para nosotros, los cristianos, la lucha entre las tendencias seglar y escatológica no es nada más una lucha esencial sino también lógica y real. El siglo (el mundo) no contrapone la eternidad. El siglo no es lugar de inmundicia (como muchos han dicho) y la materia no es impura: el fallo no está en lo usado, sino en el objetivo de quien lo usa.

¿De qué manera *tomamos* el mundo y cómo tratamos con él? Responderlo es una decisión libre de cada persona conforme a una de las dos opciones: filosofía seglar o principio escatológico. La lucha para definir la opción escogida requiere de vigilancia.

«El Reino de Dios está cerca: convertíos»² Esta frase explica dos verdades: la primera es que lo lejano a la naturaleza humana y a la experiencia del hombre es todo lo extraño al «Reino», y lo cercano es el mismo «Reino», la vida eterna. Y la segunda verdad es que la introducción en el Reino o el regreso a él, cuando lo olvidamos y abandonamos, es una acción cercana y alcanzable; es suficiente que «vigilemos» y devolvamos a las prioridades su orden y a la auténtica vida su verdadera porción. En lo profundo, éste es el arrepentimiento: vigilar la eternidad en medio de la presión de las prácticas seculares.

Eternidad y *secularismo* no difieren respecto al tiempo sino al modo de vivirlo. La eternidad ha de asumir lo secolar y, con ello, santificar la materia y el tiempo. El arrepentimiento, lenguaje de la Iglesia, significa un cambio de mentalidad. Vivimos nuestro siglo con pensamiento escatológico, andamos nuestro día en su meta eterna.

La eternidad empieza aquí y ahora cuando devolvemos a Dios su lugar céntrico en nuestra vida. «Arrepiéntanse: el Reino de Dios está cerca»: la ausencia del arrepentimiento provoca limitación en el materialismo de lo secolar, mientras la penitencia coloca al siglo en la belleza de la eternidad.

¹ Ex 13: 2

² Mc 1: 15